

De Eugenio María de Hostos

La Peregrinación de Bayoán

Por Francisco Luch Mora

Estamos ante un diario novelado. La peregrinación de Bayoán — ya lo ha dicho Antonio S. Pedreira — “es un diario novelesco, con un fondo político y social al servicio de una encubierta propaganda” (1) Estamos por lo tanto ante una obra en la que Hostos vuelca su íntimo sentir con respecto al destino político de las Antillas.

IDEARIO POLITICO

Hostos cree en este momento (1863) que el destino de las Antillas debe estar basado en el principio de la libertad, libertad que hará posible la constitución de una confederación antillana y española. Es decir, Hostos cree que España, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico deben estar unidas en un sistema federativo que no anule el principio de la soberanía nacional, como primer paso posiblemente para lograr la vasta confederación hispánica: la unión de todos los pueblos de nuestra raza, cimentada esta unión en la libertad y en la democracia. Todavía Hostos no había sido desengañado por los liberales españoles. Cree que gobernando los liberales, Cuba y Puerto Rico obtendrían una autonomía amplia, casi una independencia, “pero de tal modo que independencia no sea rompimiento de relaciones, sino creación de las que no existen hoy, de las relaciones del afecto y del interés material, moral y etnológico.” (2) Santo Domingo conservaría su sistema republicano de gobierno. España no sería la nación gestora dentro de la confederación, sino un miembro dispuesto a colaborar en ese proyecto de unión hispánica. Se desengañará luego Hostos de los republicanos españoles y querrá poner en vigencia lo que ya era inevitable: “Las Antillas estarán con España si hay derechos para ellas; contra España si continúa la época de dominación”. (3) Cuando Hostos escribe su novela aún no

había sufrido el desengaño.

LOS SIMBOLOS

La peregrinación de Bayoán es una novela simbólica. El símbolo en la misma se circunscribe a los tres personajes principales: Bayoán, Marién y Guarionex. Bayoán es Puerto Rico; Marién es Cuba, y Guarionex es Santo Domingo. Los tres personajes — según propia expresión de Hostos — “representan en este libro la unión de las tres grandes Antillas.” (4) Los tres personajes



Francisco Luch Mora

responden al intento político de su autor. En la clave que se coloca al frente de la novela se explican los símbolos: Guarionex, nombre del cacique más poderoso de Haití cuando la descubrió Colón; Bayoán, nombre del primer indígena de Borinquen que dudó de la inmortalidad de los españoles; Marién, nombre indígena de la comarca más bella de Cuba. Por lo visto, los símbolos se encarnan, se hacen sangre y hueso, se convierten en humanidad. Con ellos Hostos nos dará el afán de redención que alentaba su espíritu ante el despotismo español en Cuba y en Puerto Rico.

EL PAISAJE

Sería interesante hacer un estudio para ver si esta nove-

la influye en el tratamiento de la naturaleza y del paisaje en la nueva novela americana, la que se realiza con posterioridad al romanticismo. Véase la forma hábil de gran poder de síntesis con que Hostos ve la naturaleza: “El cielo se despeja: el sol rasga las nubes: las nieblas menos densas, se disipan al mediar el día”. (5) No es descripción del paisaje americano; es pintura ágil del paisaje marino. Bayoán está en este momento en alta mar. Y al describir el mar nos dice: “Estoy admirado: el mar en calma, no se mueve: no hay ni una ola, ni una ondulación. ¿Qué mano poderosa sujeta esta inmensidad y la contiene así? La calma del mar es el prodigio de la fuerza: levantar estas aguas, hacerlas surgir, y abalanzarse contra todo lo que quiere detenerlas, me lo explico: todo lo grande pierde al movimiento, todo lo inmenso tiene agitación y tempestades; pero no puedo explicarme esta calma, este sosiego, esta quietud increíbles. Ni aquí, cerca del buque, ni allá en el horizonte... me equivoco, en el horizonte hay movimiento: las aguas se hinchan y se ahuecan, y luego se deslizan por la misma pendiente que ellas forman” (6)

Y sobre el paisaje americano: “Gritad: ya yo la he visto; y la veo aparecer majestuosamente: allí están mis montañas: a mi derecha, un cabo: ese cabo es el Jigüero: si fuera de día, parecería un lienzo que se desarrolla a la vista, y ofrece sus tesoros aún así, ahí está dilatándose: ya costa, apareciendo por completo la del norte: dentro de una hora estaremos tan cerca de la costa, que veremos los árboles, las casas, y con la luz del sol, podríamos ver hasta los hombres”. (7) Prosa ágil, descripción novedosa en un ambiente literario en que predominaba el estilo grandilocuente y hueco, en que privaban las descripciones largas y minuciosas, donde la retórica campeaba a sus anchas. Hostos elabora una prosa descriptiva de la naturaleza que ya es la típicamente americana, la prosa que luego culminará en María de Jorge Isaacs y en la novela que sigue a ésta. El periodo es breve, la descripción sucinta; pero se observa una sensación de movimiento, un eco lejano de la mejor mú-

Cuento

Isla de Niebla

Por Iris Zavala

No se lo que me sucedió hoy. El día era calcinante, cual archipiélago ardiente. La luz despertaba lentamente y acariciaba mis trenzas; un rayo de luz conquetuelo y huracán se despertó conmigo, y los dos comenzamos a desperazarnos temprano, muy temprano.

Recliné mi cabeza ensismada en la almohada, y una imagen pavorosa se presentó a mis ojos. Yo, o la otra. . . lo que soy en el fondo, estaba allí, frente a mí, mirándome fijamente a los ojos. Los de 'ella' eran verdes, como los míos, pero en 'ella' tenían matices sombríos. Y yo-ella estaba desesperada.

Su visión había opacado otra, la de un diluvio. El agua caía inexorablemente sobre una casa, una calle, sobre yo-ella misma. 'Ella' estaba quieta, miraba desde la ventana los arborescences que formaban las gotas, que presagiaban muerte. Y el agua seguía cayendo. Era una avenida grande y larga, que bañada por las proféticas aguas semejava un gran océano de luces opacas.

Yo-ella miraba el agua, que iba adquiriendo un matiz más oscuro ante sus ojos. Y escuchaba, el día ya no era cálido, la luz había vuelto a dormir; se sentía un silencio espantoso que sólo adulteraba el caer de las gotas de lluvia. El frío se tornó insoportable. El agua subía a pasos gigantescos, y ya besaba el piso bajo de la casa en que estaba 'ella'. La calle era un brazo de mar; troncos, trastos viejos, juguetes, todo corría en frenética carrera.

Comencé entonces a oír los alaridos de las mujeres y los gemidos de los niños y animales. Sólo ella, que era yo, callaba. El agua despedía olor a cementerio.

La casa en que estaba 'ella' se desprendió de sus cimientos.

Yo-ella rodó a las turbulentas aguas y a mí se me escapó un grito. ¡Porque iba a una muerte segura!

La mujer de ojos verdes y pecho encendido se agarró como una fiera a un majestuoso árbol que resistía entre risa y lloro la fuerza hercúlea de las aguas. Agarrada a sus ramas, mujer y árbol reían y lloraban juntos. . .

El agua comenzó a bajar. Mi ansiedad desapareció, y cosa extraña, la visión desapareció para dar paso a otra. Ella o yo estaba en una isla. Era una tierra extraña, sin verdes ni luces, isla como de niebla.

La mujer permaneció atónita, pero por breves instantes (en ella el factor tiempo se diluye). A lo lejos, a través de la niebla, apareció otra mujer (no, no era yo, estoy segura). Esta era todo nervio, de gesto colérico, y ojos extraviados. Escondía algo; levantaba sus brazos en forma de cruz, como queriendo salvar mediante este símbolo el objeto que opacaba.

Nadie dijo una palabra. Pero se sentían unos crujidos se-

cos, que mediose percibían tras el silencio. La mujer de ojos extraviado miraba a yo-ella desafiante. Tenía las ropas desgarradas, y dejaba entrever sus senos de bronce y unos muslos de níquel reluciente.

El crujido seco se hizo más fuerte, algo se movía. Las palabras no encontraban su cauce normal, era un silencio pavoroso, que la niebla hacía tético.

Yo-ella avanzó con cautela, sigilosa. La otra no se movía, se mantenía firme en su papel de cancerbero. El misterio se hacía cada vez más infranqueable, hasta que el crujido estentóreo se hizo tan insoportable, que yo-ella corrió a ver su procedencia.

Al rondar el lugar en que se encontraba la otra, vio a un hombre recostado al suelo, ¿un hombre? No. Mejor sería decir un árbol, o un árbol-hombre, o tal vez un hombre-árbol.

Allí, en el desvestido suelo de la isla de niebla, se encontraba un hombre joven, de cabellos largos, negros. Tórax musculoso, estaba completamente desnudo y sus carnes relucían como el cobre. Movía sus manos con prisa, y sus pies... estos habían echado raíces.

El hombre intentaba en vano zafarse, y se desangraba en savia roja. Pero las raíces estaban muy fuertes, muy fuertes, bien cimentadas en la tierra, y ya se proyectaban al infinito. Porque al hombre le estaba naciendo un hijo-árbol.

Yo-ella se arrodilló y acarició la faz del hombre-árbol; sabía que amándolo a él, se amaba 'ella'. A lo lejos intuyó un hacha, y fue a buscarla.

La otra, ya deshecha, seguía a yo-ella con la vista y daba gruñidos al aire. El hombre-árbol también la miró fijo, muy fijo, pero sin decirle una palabra. La observaba con ojos angustiados, que pedían a gritos la libertad. La miró con insistencia, y fijó sus ojos en el hacha. Una sonrisa iluminó su rostro, humanizándolo. Yo-ella iba a blandir el hacha, y no titubeó.

Una y otra vez zumbó el instrumento partiendo las raíces, cercenando los miembros de palo infectos. El dolor que infligía lo sintió 'ella', lo sé, pero era un dolor 'placeroso', porque se reconoció en el hombre liberado.

Con la última blandida, el hombre se revolcó en la sequedad del suelo, el hacha rodó. Y el hombre y la mujer de ojos verdes, que era yo misma, se diluyeron en la nada. . .

Con ellos se diluyó también mi visión. ¿Cuál de ellos era yo? Me sabía el hombre y la mujer; cada uno de ellos tenía algo de mí misma.

Volví a cerrar los ojos, y el sol volvió a colarse hasta mi cama, colgando graciosamente de los átomos del aire, y los dos nos levantamos temprano, muy temprano. . .

sica romántica. No sé porque al leer la descripción que hace Hostos del mar, cuando Bayoán se encamina a España, viene a nuestra memoria el universo sonoro de Brahms de la Segunda Sinfonía.

Hostos pinta el paisaje de una manera personalísima. No es la manera de los escritores españoles, bien sean estos románticos o realistas. Hostos es una sensibilidad americana y describe lo observado respondiendo a esa manera de ser y de sentir el mundo que no es ya la española. Hostos es un romántico en La peregrinación de Bayoán, romántico cuando esta escuela era superada en el ambiente literario peninsular; pero cabe aclarar que Hostos es un romántico a la manera americana, no a la europea. De aquí que sus descripciones del paisaje, las que son indiscutiblemente poéticas, estén realizadas dentro de una tónica que no es la de los románticos españoles. Compárese su estilo con el de un Bécquer y se verá que frente a la vaguedad del andaluz, Hostos aportará un sesgo recio, el que está acondicionado, sin duda, por la visión del mundo americano en que predomina lo grande, en que la selva comunica su misterio y su fuerza.

Las descripciones son en este libro poéticas. De seguir Hostos la trayectoria iniciada en esta obra hubiese logrado la perfección externa de un Rodó. Tenía para ello sensibilidad, y vuelo poético frenado por la condición y la sobriedad. Pero Hostos comprendió que su misión era otra, que su destino no era el de un novelador, y sacrificó en sus obras posteriores la calidad literaria. El mismo nos lo dice en la Moral Social. Sin embargo mucho de poesía, y de buena poesía hay en el ensayo Hamlet, en el ensayo sobre Romeo y Julieta, y aún en algunas páginas de la misma Moral Social.

Concha Meléndez dedica a este aspecto un excelente ensayo en que traza el tratamiento del paisaje en toda la obra de Hostos. "La naturaleza de las Antillas — dice nuestra gran ensayista — se le muestra en primer término, como unidad geográfica, simbólicamente expresada en los tres personajes esenciales de su única novela La peregrinación de Bayoán. En el amor a la naturaleza antillana Hostos expresa todas sus actitudes ante lo bello natural, desde los incipientes, derivados del clima romántico que en literatura le limita con su herencia, hasta los originales, nacidos de su interpretación individual." (8)

TECNICA LITERARIA

La peregrinación de Bayoán representa el primer momento en la prosa de Hostos. Su estilo, aunque sobrio con respecto a otros autores de su época, tanto españoles como hispano-americanos, mantiene una calidad poética que lo hace interesante. Lo lírico se mantiene durante todo el relato: sentido poético que se observa en el